

rante su reciente actuación de juez deportivo. Una de ellas: Entra en una taberna del camino y, sediento, pide una cerveza. «¿Para tomarla o para llevarla?», pregunta la dueña del establecimiento. «Para las dos cosas», responde Tristán Bernard seriamente.

¿No es un ejemplo para tanto escritor, metido entre papeles y plúteos polvorientos, esta sensación aireada y optimista del escritor francés?

Bergson, pensativo

□ Incansable, ahora se luce con dos palabras titulares que condensan su inquietud constante. «*La Pensée et le Mouvant*». Vuelve la cara hacia su obra anterior, la juzga, elimina lo que le parece superfluo, corrige lo que se le antoja equivocado y mantiene lo que cree necesario conservar.

Hay en este libro una revelación sensacional para los bergsonianos: La desaparición del pragmatismo como base científica y la evolución hacia caminos analizadores. Separa el filósofo, con un procedimiento minucioso, la intuición de la inteligencia.

Más clara es la primera que la segunda; más fácil de analizar y más útil de tomar como punto de partida. Porque siendo la intuición una salida hacia la materia, obra por extensión y se amplía al obrar, al revés que la inteligencia, que se repliega sobre sí misma para conocer. El pragmatismo no tiene aquí, en esta última publicación del filósofo, la importancia que alcanzaba en libros anteriores.

Hay siempre en Bergson una filosofía que burla, burlando deja margen a aceptar ciertos principios, sin que el que los expone se arriesgue a considerarlos como suyos, sino como una insinuación o una posibilidad. Un gran poeta español, en un momento de consonancias baratas, decía:

«Este Bergson es un tuno;
¿verdad, señor Unamuno?...»

Se puede observar que los buenos poetas, hasta en los momentos de hacer aleluyas, tienen razón.

Unamuno, festejado

□ Y a propósito del señor Unamuno, sabemos que ha llegado a la edad de jubilación y que en España se ha realizado, solemnemente la ceremonia de su cumpleaños decisivo en las actividades docentes. Una jubilación muy especial ésta, en la que don Miguel, siempre joven, seguirá explicando su cátedra de griego, además de ser, desde hace unos días, rector perpetuo y honorario de la Universidad de Salamanca.

«Mi pluma no me la jubila nadie», ha dicho don Miguel con ocasión de estas celebraciones. Aquí hay una doble afirmación: la primera, más sencilla, quiere decir, naturalmente, que seguirá escribiendo mientras le queden fuerzas. La segunda, que, a pesar de recibir estos festejos solemnemente y con participación oficial, no queda fuera del escalafón de los escritores, ni sometido a la lista de los viejos catedráticos, ni bajo la férula de un ministerio de instrucción pública, para dejar de decir lo que le dé la gana cuando lo tenga por conveniente.

Don Miguel de Unamuno, el escritor universal de España, el maestro incansable de la rebeldía sana, el joven eterno, se ha permitido aconsejar a los jóvenes estudiantes que se dejen de revoluciones y zarandajas de pasión política. ¡El!... Cuando él lo dice, sus razones tendrá. Unamuno siente a España intensamente y sabe lo que aconsejar en cada momento. Su vieja figura, firme y engallada, se destaca sobre los figurones y fantoches de un lado y otro, de la derecha y de la izquierda. Y sobre la de esos indecisos judas de feria que no saben si caer hacia este costado o hacia el opuesto y se mantienen, aunque asistan a los festejos de la jubilación, en una tesitura inestable. Absurdo lingüístico y realidad política.